

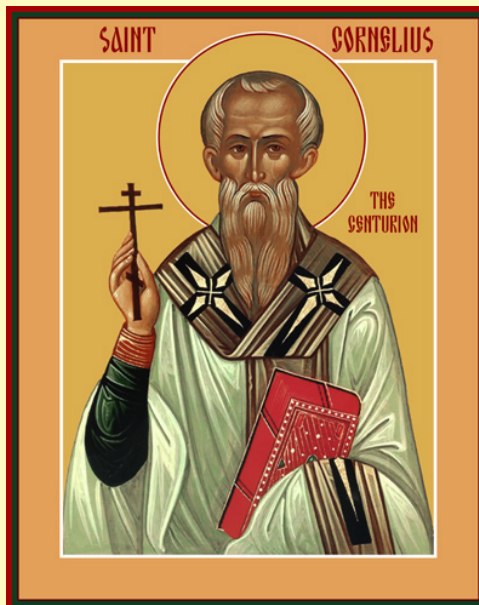
Tras el martirio del papa Fabián en enero del 250, la sede romana permaneció largo tiempo vacante a causa de la persecución de Decio y de la situación objetiva de riesgo que corría la jerarquía. Tras remitir el peligro, la elección de la comunidad recayó en marzo del 251 en Cornelio, preferido al presbítero Novaciano, literato de fama y representante destacado del clero local, quien, a su vez, se hizo consagrar obispo. En el origen de la controversia entre ambos estaba el tratamiento que debía darse a los *lapsi*, es decir, a los que durante la persecución, para lograr salvarse, habían abjurado: el contraste entre la actitud indulgente de Cornelio, favorable a la readmisión de los *lapsi* en la comunidad en régimen de penitencia, y el rigorismo de Novaciano, que les negaba toda posibilidad de perdón, provocó en Roma una situación de cisma entre iglesias y jerarquías rivales, reproduciendo la que pocos decenios antes se había producido sobre el mismo tema entre el papa Calixto y el antipapa Hipólito.

La comunión entre la Iglesia de Roma y las demás Iglesias se puso en peligro, provocando tomas de posición enfrentadas por parte de los obispos de las grandes sedes: en Cartago san Cipriano vaciló mucho tiempo entre los dos contendientes, y no se puso de la parte de Cornelio hasta después de haber recabado información *in loco* (CIPRIANO, Ep. 45, 2); en Antioquía el obispo Fabio, favorable a Novaciano, recibió de Cornelio una carta de aclaración en lo tocante a la situación romana y como justificación de sus actos: el documento (conservado por EUSEBIO, *Hist. eccl.* VI, 43, 11) proporciona entre otras cosas valiosas noticias sobre la composición del clero romano y la diferenciación de las funciones eclesiásticas en su interior.

Cuando la ofensiva anticristiana recobró vigor con el Emperador Treboniano Galo, el papa Cornelio fue arrestado y enviado al destierro a *Centumcellae* (Civitavecchia), donde

murió poco después (253; cf CIPRIANO, Ep. 60, 2).

Si las fuentes antiguas no hablan de un martirio cruento, la calidad de mártir es sin embargo repetidamente atribuida a Cornelio por Cipriano (Eps. 61,3; 67, 6; 69, 3), y aparece como añadidura en la inscripción latina con el nombre y el título episcopal hallada en las catacumbas de Calixto, adonde fue trasladado el cuerpo desde Civitavecchia, quizá a finales del s. III, como parece demostrar el lugar de la sepultura *in chrypta cymiterium Calisti*, según la indicación del *Liber Pontificalis*.



La conmemoración en los antiguos martirologios es el 16 de septiembre, que ha de considerarse como la fecha de la traslación a Roma: la coincidencia de la fiesta con la de san Cipriano ya está señalada en Jerónimo (*Vir. ill.* 67), como testimonio de la antigüedad del culto tributado a san Cornelio, a quien el papa Dámaso dedicó uno de sus *Carmina* y en su honor, a comienzos del s. V, el papa León I Magno hizo erigir una basílica en la vía Apia, en las proximidades de las catacumbas de Calixto (LP I,239).

En tiempos del papa Adriano I, a finales del s. VIII, los restos de san Cornelio fueron trasladados a la zona de Capracoro in *Agro Veiente* (cf LP 1, 506), lugar donde surgió en época medieval una

domusculata en cuyo ámbito se encontraba un *Monasterium sancti Corneli*, mencionado por última vez en una bula de Gregorio IX de 1228. Trasladas al parecer a Santa Maria in Trastevere en la primera mitad del s. IX, las reliquias fueron depositadas definitivamente por Carlos el Calvo, junto con las de san Cipriano, en la abadía de Compiègne intitulada a estos. Las numerosas dedicaciones de iglesias en Francia y Alemania prueban el incremento del culto de san Cornelio, que empezó a difundirse más allá de los Alpes en el s. XII, con la traslación de las reliquias, debilitándose en cambio en Italia.

(Texto de M. Forlin Patrucco)

HERMOSO TESTIMONIO DE UNA CARTA DE CIPRIANO A SU HERMANO CORNELIO

Hemos tenido noticia, hermano muy amado, del testimonio glorioso que habéis dado de vuestra fe y fortaleza; y hemos recibido con tanta alegría el honor de vuestra confesión, que nos consideramos partícipes y socios de vuestros méritos y alabanzas. En efecto, si formamos todos una misma Iglesia, si tenemos todos una sola alma y un solo corazón, ¿qué sacerdote no se congratulará de las alabanzas tributadas a un colega suyo, como si se tratara de las suyas propias? ¿O qué hermano no se alegrará siempre de las alegrías de sus otros hermanos?

No hay manera de expresar cuán grande ha sido aquí la alegría y el regocijo, al enterarnos de vuestra victoria y vuestra fortaleza: de cómo tú has ido a la cabeza de tus hermanos en la confesión del nombre de Cristo, y de cómo esta confesión tuya, como cabeza de tu Iglesia, se ha visto a su vez robustecida por la confesión de los hermanos; de este modo, precediéndolos en el camino hacia la gloria, has hecho que fueran muchos los que te siguieran, y ha sido un estímulo para que el pueblo confesara su fe el hecho de que te mostraras tú, el primero, dispuesto a confesarla en nombre de todos; y, así, no sabemos qué es lo más digno de alabanza en vosotros, si tu fe generosa y firme o la inseparable caridad de los hermanos. Ha quedado públicamente comprobada la fortaleza del obispo que está al frente de su pueblo y ha quedado de manifiesto la unión entre los hermanos que han seguido sus huellas. Por el hecho de tener todos vosotros un solo espíritu y una sola voz, toda la Iglesia de Roma ha tenido parte en vuestra confesión.